



OBRAS BREVES DE JACQUES MARITAIN



043-12

LOS PUNTOS SOBRE LAS ÍES

Jacques Maritain

Artículo publicado en la revista Temps Présent, el 14 de julio, 1939. Fue incorporado como capítulo XII al libro 'Razón y razones', en 1948.

Tres cosas hay, dice un proverbio chino, que el sabio evita siempre: arar el agua de los ríos, dar consejos a la borrasca y discutir con quien no tiene más regla que su genio; porque el genio de esta especie de hombres dispensales del rigor del razonamiento, de los primeros rudimentos de la objetividad y de toda preocupación de justicia para la persona y el pensamiento del prójimo.

Procurando cumplir ese consejo y formando propósito de no discutir jamás con un interlocutor que, en vez de excusarse de haber imputado a los demás lo que nunca dijeron, se obstina deliberadamente en hacerles decir lo contrario de lo que dijeron en verdad, yo me contentaré con poner los puntos sobre las *ies* de una frase de uno de mis libros que nuestro amigo Francois Mauriac ha citado en una de sus postales, y cuyo sentido es perfectamente claro para él, pero que corre el riesgo de perder, para algunos, toda inteligibilidad, a fuerza de sufrir los *per accidens* o las incidencias de una polémica en la que ha habido mucho empeño en colocar bajo el signo de Rousseau o de Marx a cualquier crítica del actual régimen social, por fundada que estuviera en los principios católicos, y aunque viniera quien, después de todo, no ha dejado de escribir contra los errores de Rousseau y de Marx, 'Tres Reformadores' y Humanismo integral'.

Yo he dicho que las sociedades modernas segregan la miseria como un producto normal de su funcionamiento. Yo no he dicho, cosa que hubiera sido sencillamente absurda, que esas sociedades tienen por finalidad producir la miseria.

Yo no he dicho, lo que hubiera sido una asección de tipo rousseuniano, que la sociedad, la sociedad tomada como tal, corrompe necesariamente a los hombres y produce por sí la miseria.

Tampoco he dicho, lo cual hubiera sido una asección de tipo marxista, que toda sociedad que en principio admite la propiedad privada de los medios de producción y la legitimidad de un provecho para el capital puesto en la empresa, condena necesariamente a una parte de la humanidad a la servidumbre y produce por sí la miseria.

Yo he hablado de las modernas sociedades, tales como existen en concreto. Claro está, que si, como yo creo, su funcionamiento segrega por sí la miseria, esto no es en virtud de lo que hay en ellas de conforme a la naturaleza de las cosas, sino en razón de un desorden orgánico que las corrompe. Producen la miseria como un producto normal de su funcionamiento, del mismo modo que el organismo de un alcohólico produce miseria fisiológica, o un cerebro

destruido por las drogas fabrica mentiras, o el pensamiento de un orgulloso segrega menosprecio y el corazón de un hombre duro y malvado, el odio, como producto normal de su funcionamiento.

¿Y cuál es el desorden orgánico que vicia las sociedades modernas? No es ni la propiedad privada, ni los provechos del capital, que, por el contrario, si están prudentemente regulados, están conformes con la naturaleza de las cosas.

Como lo he expuesto con mayor amplitud en otro lugar, consiste en esto: que como consecuencia de la falta de toda norma ética superior, y en virtud de los principios del liberalismo económico – que, por reacción han dado lugar al socialismo de Estado y a las dictaduras económicas de nuestros días –, las sociedades modernas están animadas de un espíritu que pone su fin principal en producir y acumular riquezas sin término, y que, desconociendo o pervirtiendo la naturaleza del contrato de sociedad, auténtica razón de ser del provecho del capital, coloca prácticamente la economía bajo el régimen de la fecundidad del dinero; sustraída, primero, en absoluto a su regulación por la justicia social, la propiedad privada debía al fin caer sometida, al mismo tiempo que a una legislación del trabajo que supone indiscutibles progresos, al despotismo económico de los Estados dictatoriales o a la ley de hierro de los intereses de los grupos productores más poderosos. Y a este desorden fundamental añádese todavía el que nace de la explotación de los mismos capitalistas por aquellos que, manejando como dueños los signos de la riqueza ajena, someten la fortuna del mundo a su feudalismo financiero.

En consecuencia, [como dice] SS Pío XI, [x] *“salta a la vista que en nuestros tiempos no se acumulan solamente riquezas, sino que también se crean enormes poderes y una prepotencia económica despótica en manos de muy pocos. Muchas veces no son éstos ni dueños siquiera, sino sólo depositarios y administradores, que rigen el capital a su voluntad y arbitrio. Su poderío llega a hacerse despótico como ningún otro, cuando, dueños absolutos del dinero, gobiernan el crédito y lo distribuyen a su gusto; diríase que administran la sangre de la cual vive toda la economía, y que de tal modo tienen en su mano, por decirlo así, el alma de la vida económica, que nadie podría respirar contra su voluntad.”* (Encíclica ‘Quadragesimo Anno’, 1931)

En su clásica obra sobre el trabajo [1], fundada en las enseñanzas de León XIII y de Santo Tomás, J. Haessle – considerando no ya el esquema abstracto del provecho capitalista, sino el espíritu que ha modelado las estructuras capitalistas y presidido a su evolución –, hace observaciones que dan gran luz sobre los lazos que unen histórica y lógicamente al materialismo capitalista con el materialismo socialista y comunista. Mientras que para Santo Tomás y León XIII, la economía supone la estructura jerárquica del ser e implica una rigurosa finalidad, ya que los bienes materiales son para el hombre y están destinados a servir de medios para alcanzar otros bienes cualitativamente más elevados y la mayor independencia posible respecto de las cosas exteriores, el espíritu capitalista, por el contrario, todo lo reduce a la cantidad; *“para el espíritu capitalista, escribe Haessle, el mundo no existe sino en cuanto puede ser expresado por medio de cifras; todo es número, todo es objeto de adquisición. Todas las energías vitales son sacrificadas al Moloch del trabajo por el trabajo. La suerte de los hombres le es indiferente por principio; y aun más, es neutro respecto de Dios. El capitalismo es un fin en sí mismo; arruina el orden natural del mundo, y muy lógicamente suprime la religión y la ética en la medida en que éstas le oponen una obligación moral que radica en la naturaleza de las cosas”*.

Los males citados llevan en su entraña la miseria de muchos hombres. Y a tales males no se pone remedio dejando que sus frutos – o abscesos – maduren por sí mismos. Todos los males particulares a los que urge llevar remedio están en recíproca conexión con los vicios radicales de que acabamos de hablar. No es posible querer ir a la raíz de los cruciales problemas que gravitan sobre nuestra civilización sin dar, de camino, con la cuestión social; ni es posible examinar la cuestión social sin verla proliferar en estos problemas particulares. A éstos y a aquélla es preciso encontrar una solución justa. *Principiis obsta* [2]: esta máxima no es revolucionaria, y tiene por objeto prevenir las revoluciones sangrientas. No nos ordena derribar a los príncipes, sino hacer frente a sus principios; y no a los buenos, sino a los malos; y no imaginándonos que todo lo vamos a cambiar de una vez, sino orientando hacia el cambio que es tan urgente nuestro esfuerzo político y social, así como el trabajo paciente y continuado que piden las tareas de cada día.

1 Johannes Haessle, ‘El Trabajo y la Moral’, París, Desclée De Brouwer

2 Máxima de Publio Ovidio Nasón (43-17 a.C.) que aconseja poner remedio al mal desde el principio.

Quien tenga sueño y quiera dormir, que duerma, taponándose bien los oídos, porque suenan muchos ruidos en el mundo que podrían tal vez turbar su reposo. Antes que ellos, los Apóstoles se durmieron en el Monte de los Olivos durante la agonía del Padre de los pobres. Nosotros, si hemos de decir la verdad, dormimos todos. ¿Por qué calumniar y maltratar a quienes tratan de salir un poquito de su sueño? No será mucho lo que molesten a otros. Séales permitido estar en vela una hora con los pobres y los humillados – esta ‘hora’ que dura la vida humana y que tan pronto ha de terminar.

